

CUANDO SOPLAN LOS VIENTOS DEL CAMBIO

FRITZ LEIBER

Me hallaba a medio camino entre Arcadia y Utopía, realizando una larga exploración arqueológica, buscando colmenas de coleops, verticales colonias de lepidopteroides y ciudades en ruinas de los Antiguos.

En Marte se habían quedado con los nombres fantásticos que los viejos astrónomos habían soñado en sus mapas. Habían encontrado un Elíseo, también un Ofir.

Calculé que me encontraba en algún lugar cercano al Mar Ácido, el cual, por rara coincidencia se convierte en un ponzoñoso y poco profundo pantano, rico en iones de hidrógeno, cuando se funde el casquete de hielo del norte.

Pero no veía señal de ello debajo de mí, ni tampoco rastros arqueológicos de ninguna clase. Sólo la infinita llanura yerma y rosada, brumosa de polvo de felsita y de óxido de hierro, deslizándose constante hacia el oeste bajo mi rápido vehículo volador, con una angosta cañada o bajo cerro de trecho en trecho, pareciendo a todo el mundo (¿Tierra? ¿Marte?) como partes del desierto de Mojave.

El sol estaba a mis espaldas, inundando la cabina con su ya mortecina luz. Unas pocas estrellas titilaban en el firmamento azul oscuro. Reconocí las constelaciones de Sagitario y Escorpión, y el rojo punto luminoso como la cabeza de un alfiler de Antares.

Llevaba mi traje espacial rojo de piloto. Ahora hay bastante aire en Marte para volar sobre él, pero no para respirar, aun cuando se viaje a pocos cientos de metros sobre su superficie.

A mi lado estaba el traje espacial verde de mi copiloto, que debiera haber estado ocupado por alguien, si yo fuese más sociable, o simplemente más respetuoso con el reglamento de vuelos. De cuando en cuando se agitaba y se ladeaba un poco.

Y las cosas parecían misteriosas, fantasmagóricas, que no es como debe sentir las quien gusta de la soledad tanto como yo, o al menos lo pretende ante sí mismo. Pero el paisaje marciano es aún más espectral que el de Arabia o el sudoeste norteamericano..., solitario, hermoso y obsesionado con la muerte e inmensidad, y a veces atacando a quienes se aventuran en él.

De algún antiguo poema me vinieron las palabras a la memoria: *...Y nacieron extraños pensamientos, con un cierto zumbir en mis oídos, acerca de la vida antes que yo viviera esta vida.*

Tuve que contenerme para no inclinarme hacia adelante, y pasé la vista por el visor del traje espacial verde, para ver si contenía ahora a alguien. A un hombre delgado. O a una alta y esbelta mujer. O a un coleopteroide marciano con garras articuladas como de cangrejo, que necesita de un traje espacial tanto como éste le necesita a él. O..., ¿quién sabe?

Había una gran quietud en la cabina. Era un silencio que casi zumbaba. Yo había permanecido a la escucha de la Estación de Deimos, pero ahora la luna exterior ya se había sumido bajo el horizonte meridional. Habían estado emitiendo un programa de sugerencias acerca de separar a Mercurio del Sol para convertirlo en luna de Venus —y proporcionar también rotación a ambos planetas, del uno en torno del otro—, a fin de extirpar la espesa atmósfera venusiana, abrasiva como la de un horno, y hacer el planeta habitable.

«Sería mejor terminar de organizar Marte primero», pensé.

Pero casi inmediatamente apareció el corolario de este pensamiento: «No; deseo a Marte para gozar de la soledad. Por eso vine aquí. La Tierra se fue atestando de gente, y ya se ve lo que le ha pasado.»

Sin embargo, en Marte hay momentos en que sería agradable tener una compañía, hasta para un viejo solitario como yo. Es decir, si se pudiera escoger la compañía.

De nuevo sentí el impulso de escudriñar en el interior del traje espacial verde.

Pero, en vez de eso, eché un vistazo a mi alrededor. Como siempre, sólo el polvoriento desierto extendiéndose hacia el poniente; casi sin rasgos, aunque de un rosado oscuro como un melocotón pasado. *Auténtico melocotón, rosado y sin mácula... Todo mármol color melocotón, el raro y sazonado vino de una abundante cosecha...* «¿Qué era ese poema?», preguntó mi mente.

En el asiento a mi lado, casi bajo la cadera del traje espacial verde, vibrando un poco con él, había una cinta: *Iglesias y catedrales desaparecidas de la Tierra*. Los antiguos edificios poseen para mí un extraordinario interés, desde luego, y además, algunos de los montículos o colmenas de los negros coleopteroides se parecen extraordinariamente a las torres y espiras de los grandes templos de la Tierra, hasta en detalles tales como las angostas ventanas de aguda ojiva y alados arbotantes, como si se hubiese sugerido allí un elemento imitativo, quizás telepático, en la arquitectura de aquellos seres que, a pesar de su inteligencia humanoide, son muy semejantes a insectos sociales. Estuve repasando el libro, en mi última parada, a la búsqueda de semejanzas en las residencias de coleopteroides, pero luego el interior de una catedral me recordó la Capilla Rockefeller de la Universidad de Chicago, y extraje la cinta del proyector. En esa capilla fue donde Mónica obtuvo su doctorado en Física una radiante mañana de junio, mientras los estallidos de la fusión lamían el extremo meridional del lago Michigan..., y no quise pensar en Mónica. O, más bien, ansiaba demasiado pensar en ella.

Lo que está hecho, hecho está, y además ella está muerta, muerta desde hace mucho tiempo... ¡Entonces reconocí el poema!... *El obispo encarga su tumba en la iglesia de Santa Práxedes*, era de Browning. ¡Parecía un lamento lejano!... (¿Había en la cinta una imagen de Santa Práxedes?) El siglo XVI..., y el obispo moribundo suplicando a sus hijos la obtención de una tumba grotescamente grandiosa..., con un friso de sátiros, ninfas, el Salvador, Moisés, linceos..., mientras, como trasfondo, el obispo piensa en la madre de ellos, y en su amante...

Tu esbelta y pálida madre, con sus ojos parlantes... ¡El viejo Gandolfo me envidiaba por lo hermosa que era!

Roberto Browning y Elisabeth Barrett, y su gran amor...

Mónica y yo, y nuestro amor que nunca tuvo comienzo...

Los ojos de Mónica hablaban. Era esbelta y delgada y orgullosa...

Quizá si yo hubiese tenido más carácter, o sólo energía, habría hallado alguien más a quien amar —¡un nuevo planeta, otra muchacha!— y no hubiera permanecido inútilmente fiel a aquel antiguo romance, y no estaría allí cortejando a la soledad, enclaustrado en Marte dentro de un sueño de vida en la muerte...

Horas y largas horas en la noche inanimada, me pregunto: «¿Vivo, o estoy muerto?»

Mas, para mí, la pérdida de Mónica es algo estrechamente ligado, no puedo deshacer su lazo, desatar su nudo, al fracaso de la Tierra, con mi odio por lo que la Tierra se hizo a sí misma en su ansia de dinero, poder y éxito. Comunistas y capitalistas por igual, con aquella innecesaria guerra atómica que llegó precisamente cuando se pensaba que lo tenían todo resuelto y a salvo..., al igual que lo pensaron antes de la de 1914. La contienda no barrió a toda la Tierra, de ningún modo, sino sólo una tercera parte, pero sí aniquiló mi confianza en la naturaleza humana —y me temo que en la divina también— y destruyó a Mónica.

Y ella murió como hemos de morir todos y desde entonces percibes al mundo como en un sueño.

¿Un sueño? Quizás nos haga falta un Browning para hacer reales aquellos momentos de la historia moderna desaparecidos en el Niágara del pasado, para hallarlos de nuevo como una aguja en el pajar o el átomo en el vórtice, y marcarlos perfectamente..., los momentos del vuelo estelar y el aterrizaje en otros planetas, grabados del mismo modo como lo habían sido los momentos del Renacimiento, en indelebles aguafuertes.

¿Sin embargo..., el mundo (¿Marte? ¿Tierra?)..., sólo un sueño? Bueno, quizá. ¡Una pesadilla a veces, eso seguro!, me dije cuando hice volver mis errantes pensamientos al vehículo volador y al invariable desierto rosado que desfilaba bajo el pequeño sol.

Al parecer, no había omitido nada... Mi segunda mente había estado vigilando despierta y con atención los instrumentos, mientras mi primera mente divagaba en imaginaciones y recuerdos.

Pero las cosas aparecían más fantasmagóricas que nunca. El silencio zumbaba ahora, metálico, como si acabase de finalizar un gran volteo de campanas, o estuviese a punto de iniciarlo. Había una amenaza ahora en el pequeño sol que estaba a punto de ponerse detrás de mí, trayendo la noche marciana y lo que las cosas-seres marcianas pudieran ser sin que ellas mismas lo supieran todavía. La llanura rosada se había vuelto siniestra. Y por un momento estuve seguro que si miraba en el interior del traje espacial verde vería a un negro espectro más tenue que cualquier coleop, o bien un rostro de pardos y descarnados huesos y de torva sonrisa..., el Rey de los Terrores.

Rápidos como la lanzadera de un telar vuelan nuestros años; el hombre se encamina a la tumba, y entonces, ¿dónde está?

Lo misterioso y sobrenatural no se evaporó cuando el mundo se pobló en exceso y se hizo inteligente y técnico. Se trasladó al exterior..., a la Luna, a Marte, a los satélites de Júpiter, a la negra y enmarañada floresta del espacio y a las distancias astronómicas y a los inimaginablemente lejanos ojos de buey de las ventanas de las estrellas. A los reinos de lo ignoto, donde acontece aún lo insólito a cada hora y lo imposible cada día...

Y precisamente en ese momento vi lo imposible irguiéndose con una altura de ciento veinte metros y vestido de encaje gris en el desierto frente a mí.

Y mientras mi primera mente se quedaba helada durante unos segundos que se extendieron a minutos y mi visión central quedaba inescrutablemente clavada en aquella incredulidad bifurcada al máximo con su opaco matiz de arco iris prendido en el encaje gris, mi segunda mente y mi visión periférica llevaron a mi vehículo volador en rápido descenso a un suave y rasante aterrizaje de ensueño con sus largos esquíes sobre el rosado polvo. Manipulé un mando, y las paredes de la cabina oscilaron en silencioso descenso, a ambos lados del asiento del piloto, y bajé por la ensoñadora gravedad marciana al suelo blando como una almohada de color melocotón oscuro, quedándome en contemplación de la maravilla, y fue entonces cuando mi primera mente comenzó por fin a funcionar.

No podía quedar duda alguna sobre el nombre de aquello, pues hacía no más de cinco horas que contemplé una vista suya registrada en la cinta..., era la fachada occidental de la catedral de Chartres, esa obra maestra del gótico, con su aguja sencilla del siglo XII, el *Clocher Vieux*, al sur, y su aguja ornamental del siglo XVI, el *Clocher Neuf*, al norte; y entre ellas el gran rosetón de quince metros de diámetro y, debajo, el pórtico de triple arcada repleto de esculturas religiosas.

Con rapidez ahora, mi primera mente pasó de una teoría a otra que explicara este grotesco milagro y salió repelida de ellas casi con tanta celeridad como si fuesen polos magnéticos.

Estaba sufriendo una alucinación procedente de las mismas cintas grabadas. Sí, quizás el mundo como en un sueño. Eso es siempre una teoría y nunca resulta útil.

Una transparencia de Chartres había pasado ante mi placa visora facial. Sacudí mi casco. No era posible...

Estaba viendo un espejismo que había atravesado ochenta millones de kilómetros de espacio..., y algunos años de tiempo también, pues Chartres había desaparecido con la bomba de París que mal dirigida cayó hacia Le Mans, lo mismo que la capilla Rockefeller desapareciera con la bomba de Michigan y la de Santa Práxedes con la de Roma.

Aquella cosa era una maqueta construida por los coleopteroides, de acuerdo a un plano telepatizado de la imagen mental de Chartres procedente de alguna mente humana. Pero la mayoría de las imágenes mentales no tienen tanta precisión, y jamás había oído hablar que los coleops imitaran policromas vidrieras, aun cuando construyesen nidos con agujas y capiteles de ciento cincuenta metros de altura.

Aquello era una de esas grandes trampas hipnóticas que los jingoistas areanos pretenden desde hace tiempo que nos están tendiendo los coleops. Sí, y el universo entero estaba construido por demonios para engañarme sólo a mí —y posiblemente a Adolfo Hitler— como en una ocasión habían hipnotizado a Descartes. «Ya basta.»

Habían trasladado Hollywood a Marte, como antes lo habían hecho a México, España, Egipto, y el Congo para reducir gastos, y habían terminado precisamente una epopeya medieval: *El jorobado de Notre-Dame*, sin duda con algún estúpido productor que había sustituido a Notre-Dame de París por Notre-Dame de Chartres, porque a su amante de turno le parecía que esta última tenía mejor aspecto ambiental y el público ignorante no notaría la diferencia. Sí, y probablemente hordas alquiladas por casi

nada de negros coleops interpretarían los papeles de monjes, llevando hábitos y máscaras humanoides. ¿Y por qué no un coleop para el papel que Ouasimodo?... Eso mejoraría las relaciones entre las razas. «No busques la comedia en lo increíble.»

O bien habían estado dando un paseo por Marte al último presidente chiflado de La Belle France, para aplacar sus nervios, y, con tal motivo, le habían procurado una maqueta de la catedral de Chartres, toda su fachada oeste, para seguirle la corriente, del mismo modo que los rusos habían construido sus poblados de cartón para impresionar a la esposa alemana de Pedro III. ¡La Cuarta República en el cuarto planeta! «No, no te vuelvas histérico. Pues esa cosa está ahí.»

O quizá —y aquí mi primera mente titubeó— el pasado y el presente existen de algún modo en alguna parte (¿La mente de Dios? ¿La cuarta dimensión?), en una especie de animación suspendida, con pequeños senderos de cambios sonámbulos discurriendo a través del futuro mientras las acciones voluntarias de nuestro presente lo trastocan y quizás, quien sabe, ¿otros senderos discurriendo también a través del pasado?..., porque podrían haber viajeros profesionales del tiempo. Y quizá, una vez en un millón de milenios, un aficionado halla accidentalmente una Puerta.

Una Puerta de acceso a Chartres. Pero, ¿cuándo?

Mientras me detenía en estos pensamientos, con la mirada fija en el prodigio gris —¿*Vivo o estoy muerto?*—, percibí un gemido y un susurro a mi espalda, y me volví, viendo al traje espacial verde salir por los aires desde el vehículo volador, viniendo en mi dirección, pero con su cabeza agachada, de manera que no pude distinguir si había algo tras la placa visora. Me quedé tan inmóvil como en una pesadilla. Pero antes que el traje espacial llegase hasta donde yo estaba, vi lo que acaso lo transportaba, una ráfaga de aire que había sacudido al vehículo volador y provocado densas y altas columnas de polvo rosado, que formó una serie de plumosas nubes. Y luego el viento se abatió sobre mí y, como por la escasa gravedad de Marte uno no se asienta demasiado firme sobre el suelo, me llevó rodando lejos del vehículo, en medio de la ola de polvo y con el traje espacial, que iba más rápido y más alto que yo, como si estuviera vacío..., aunque bien es verdad que los espectros son livianos.

El viento era más poderoso que cualquiera de los que suelen azotar Marte, con certeza superior a cualquier ráfaga imprevista, y mientras iba yo dando delirantes tumbos, protegido por mi traje y por la baja gravedad, tendiendo inútilmente las manos para asirme a los mezquinos salientes rocosos por entre cuyas largas sombras marchaba dando vueltas, me encontré pensando con la serenidad de la fiebre que aquel viento no soplaba sólo a través del espacio de Marte, sino también a través del tiempo.

Una mezcla de viento espacial y viento temporal... ¡Vaya rompecabezas para el físico y trazador de vectores! Parecía injusto, de mala fe —pensé mientras seguía en mi rodar—, algo así como proporcionar al psiquiatra un paciente con psicosis y además abrumado por el alcoholismo. Pero la realidad siempre se encuentra mezclada y yo sabía por experiencia que sólo unos pocos minutos dentro de una cámara sorda, oscura y sin gravedad, podían hacer que la mente más normal derivara incontrolablemente hacia la fantasía..., ¿o es que siempre todo es fantasía?

Uno de los salientes rocosos más pequeños tomó por un instante la forma retorcida del perro de Mónica, *Brush*, cuando murió..., no en la explosión con ella, sino a causa de las lluvias de polvo radioactivo, tres semanas después, sin pelo e hinchado y rezumando por todas sus llagas. Parpadeé.

Entonces el viento murió, y la fachada oeste de Chartres se cernió verticalmente sobre mí, y me encontré agazapado en los polvorientos peldaños del claustro sur, con la gran imagen de la Virgen mirando severa desde la parte superior del elevado portal al desierto marciano y las estatuas de las cuatro artes liberales alineadas bajo ella —Gramática, Retórica, Música y Dialéctica—, y a Aristóteles con el entrecejo fruncido mojando una pluma de piedra en la también pétrea tinta.

La estatua de la Música agitando sus pequeñas campanillas de piedra me hizo pensar en Mónica y en cómo estudiaba piano y *Brush* se ponía a ladrar cuando ella practicaba, contrapunteando los ejercicios de su ama. Luego recordé haber visto en la cinta que Chartres es el legendario lugar de eterno descanso de Santa Modesta, una hermosa muchacha que a causa de su fe cristiana fue torturada hasta la muerte por su padre Quirino en los días del emperador Diocleciano. Modesta... Música... Mónica.

La doble puerta estaba un poco abierta, y el traje espacial verde quedó allí tendido de bruces y con las extremidades extendidas, con el casco alzado, como si figase en el interior desde el nivel del suelo.

Me puse en pie y subí, «¿flotando a través del tiempo? Grotesco, subiendo los peldaños cubiertos de polvo rosa. Polvo. Pero, ¿acaso yo soy algo más que polvo? ¿Vivo, o estoy muerto?»

Me apresuré más y más, levantando al andar el fino polvo en remolinos de color rojo melocotón, y casi tropecé con el traje espacial verde al agacharme para darle la vuelta y mirar por su placa visora. Mas, antes que pudiera hacerlo completamente, me fijé en el portal y lo que vi me detuvo. Lentamente me afiancé de nuevo sobre mis pies y di un paso más allá del postrado traje espacial verde, y luego otro paso.

En vez de la gran nave gótica de Chartres, larga como un campo de fútbol, alta como una secoya, avivada por una policroma luminosidad, había un interior más pequeño y oscuro..., eclesiástico también, pero románico, quizá latino, con macizas columnas de granito y ricos peldaños de mármol rojo que conducían hasta un altar en el que relucían los mosaicos en la penumbra. Un tenue haz de luz proveniente de otra puerta abierta, parecido a un foco de teatro encendido entre bastidores, se proyectaba sobre el muro opuesto a mí, revelándome un sepulcro magníficamente ornamentado, en el que una estatua funeraria —un obispo con su mitra y báculo— yacía en un recargado friso de bronce sobre una brillante losa de jaspe verde, con un globo terráqueo de lapislázuli, entre sus rodillas de piedra, y nueve delgadas columnas de mármol color melocotón primerizo alzándose en derredor suyo hasta el dosel...

Pues, naturalmente: aquella era la tumba del obispo del poema de Browning. Aquella era la iglesia de Santa Práxedes, pulverizada por la bomba de Roma, la iglesia consagrada a la mártir Práxedes, hija de Prudencio, discípula de San Pedro, más oculta en el pasado aún que la mártir Modesta de Chartres. Napoleón había tenido la intención de liberar y trasladar aquellos peldaños de mármol rojo a París. Pero al percatarme de esto me sobrevino casi instantáneamente el recuerdo gemelo: que si bien la iglesia de Santa Práxedes había tenido existencia real, el sepulcro de Browning sólo existió en la imaginación del poeta y en la mente de sus lectores.

¿Es posible, pensé, que el pasado y el futuro no solamente existan por siempre, sino también todas las posibilidades que nunca se plasmaron, ni se plasmarán..., de algún modo, en alguna parte (¿La quinta dimensión? ¿La imaginación de Dios?), como si fuesen un sueño dentro de otro sueño?... Reptando también como los artistas, o lo que cualquiera piensa de ellos... Los vientos del cambio mezclados con los vientos del tiempo y con los vientos del espacio...

En este momento reparé en dos figuras vestidas de oscuro en la nave lateral de la tumba, examinándola; vi a un hombre pálido de oscura barba cubriéndole las mejillas y a una mujer también pálida, de liso y oscuro cabello, tocada con tenue velo. Hubo un movimiento próximo a sus pies y apartándose de ellos, una parda y gruesa bestia negra, semejante a una babosa casi sin pelo, reptó alejándose de ellos y se perdió entre las sombras.

No me gustó aquello. No me gustó aquella bestia. Ni me gustó su desaparición. Por vez primera me sentí en verdad atemorizado.

Entonces la mujer se movió también, de modo que el borde de su amplia falda negra pareció barrer el suelo, y con acento auténticamente británico dijo:

—¡*Flush!* ¡Ven aquí, *Flush!*

Recordé que ése era el nombre del perro que Elisabeth Barrett se llevó consigo cuando huyó con Browning de la calle Wimpole.

Entonces la voz llamó de nuevo, ansiosa, pero su acento británico le había desaparecido ya, era en verdad una voz que yo conocía, una voz que heló la sangre en mis venas y el nombre del perro se había trocado en *Brush*. Alcé la vista y la barroca tumba había desaparecido y los muros se habían tornado grises y retrocedido, pero no tan lejos como los de la Capilla Rockefeller; y allí, viniendo hacia mí por la nave central, alta y esbelta, ataviada con su negra toga académica con las tres barras de terciopelo del doctorado en las mangas y el marrón de la ciencia orlando su birrete, estaba Mónica.

Creo que me vio, creo que me reconoció a través de mi placa visora, creo que me sonrió tímida, temerosa, maravillada.

Luego, tras ella, hubo un resplandor rosáceo, formando un luminoso nimbo en torno a su cabello, como la aureola de una santa. Pero el resplandor se hizo después demasiado brillante, hasta resultar intolerable a la vista, y algo me golpeó, empujándome hacia atrás a través del portal, haciéndome girar y girar sobre mí mismo, de manera que cuanto vi sólo fueron remolinos de polvo rosado y el firmamento tachonado de estrellas.

Creo que lo que me asestó aquel golpe fue el fantasma de la onda de choque de una explosión atómica.

En mi mente se hallaba el pensamiento: Santa Práxedes, Santa Modesta, y Mónica, la santa atea martirizada por la bomba.

Luego, todos los vientos se fueron y me hallé serenándome, en el polvo, junto a mi vehículo volador.

Escudriñé a mi alrededor, a través de los menguantes remolinos de polvo. La catedral había desaparecido. Ni loma ni estructura alguna resaltaban por ninguna parte sobre la lisa planicie del horizonte marciano.

Recostado contra el vehículo volador, como si se hallara aún en pie sostenido por el viento, estaba el traje espacial verde, con su espalda vuelta hacia mí, su cabeza y hombros hundidos, en una actitud remedadora del más profundo desaliento.

Fui rápidamente hasta él. Me asaltó el pensamiento que podría haberse venido conmigo trayendo a alguien a mi presente actual.

Cuando le di la vuelta pareció contraerse un poco. La placa visora estaba vacía. En el interior, bajo la transparencia, deformada por mi ángulo de visión, se hallaba la pequeña consola compleja con sus esferas y palancas, pero ningún rostro cerniéndose sobre éstas.

Tomé muy suavemente en brazos al traje espacial, cargándolo como si fuese una persona y me dirigí hacia la puerta de la cabina.

No existimos más plenamente que en las cosas que hemos perdido.

Hubo un breve destello verde procedente del sol mientras su última plata se desvanecía en el horizonte.

Aparecieron todas las estrellas.

Resplandeciendo verde, la más brillante de todas, baja en el firmamento, allá donde el sol había desaparecido, se encontraba la Estrella Vespertina..., la Tierra.

FIN

Libros Tauro